

á decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias), soy de parecer, y me afirmo, que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.— Si no fué Roldan mas gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la Bella le desdeñase y dejase por la gala, brio y donaire que debia tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan.— Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor cura, fué una doncella distraida, andariega, y algo antojadiza; y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y, como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman *vates*, que quiere decir *adivinos*. Véese esta verdad clara, porque, despues acá, un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.—

Dígame, señor Don Quijote, dijo á esta sazón el barbero: ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?— Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella; porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas, fingidas ó no fingidas, en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos; venganza, por cierto, indigna de pechos generosos; pero, hasta ahora, no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo.— ¡Milagro! dijo el cura; y, en esto, oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia, que las voces que oyeron Don Quijote, el cura y el barbero, eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ellas le defendian la puerta: "¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales." Á lo que Sancho respondió: "¡Ama de Satanás! el sonsacado, y el distraido, y el llevado por esos andurriales, soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio; él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta ahora la espero.— ¡Malas ínsulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito! y ¿qué son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon que tú eres?— No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de córte.— Con todo eso, dijo el ama, no entrareis acá, ¡saco de maldades y costal de malicias! id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos." Grande gusto recibian el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó, y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán